

Cine: el patrimonio de los sueños

Luis A. Camarero Rioja | Dpto. de Teoría, Metodología y Cambio Social, Universidad Nacional de Educación a Distancia

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/6035>

Todos sabemos qué es el cine, aunque si tuviéramos que explicarlo necesitaríamos muchas palabras y tal vez no lo consiguiéramos. El cine es un objeto que produce sensaciones. Es un producto hecho de imágenes en movimiento y sonidos. El cine sin película no existe. Una película es el resultado de una industria que se organiza, al igual que lo hacían las empresas de expedición transatlántica, con el concurso de muchos pocos que encadenan sus actos e intervienen de forma efímera y habitualmente nómada durante su composición. Es una industria que se hace y deshace continuamente para condensar una secuencia que será inolvidable.

Todo aquello que rodea a una película es su patrimonio. Una vez que hemos visto una película, todos esos lugares y elementos que la produjeron ya son, inmediatamente, restos. Una película es un objeto en el que no hay un solo gramo de la materia que intervino para su confección. Es sólo el reflejo de las luces y las sombras, de los fotones que colisionaron con la lente.

Bajo esa mirada, la arqueología industrial rescata el patrimonio del cine. El cine está hecho de cines, de proyectores, de pianolas y ecos de *rag-time*, de carteles y panfletos, de focos, cámaras y grúas, de estudios, de alfombras rojas, caravanas, claquetas, vestidos, pelucas y postizos, de sacas de correos, latas de cintas y maquillaje.

El cine supone un reto para la conservación patrimonial y no sólo por la mar de lugares y el océano de objetos que le pertenecen. Su propio soporte, el celuloide, es inestable; el nitrato de celulosa empleado hasta los años 50 es un material altamente inflamable que no tiene conservación posible. De las películas, sólo queda muchas veces el recuerdo de quienes un día las vieron. Dicen

que de las 100 películas que rodó John Ford, 20 están perdidas. Alrededor de las dos terceras partes del cine español anterior a 1950 ya no existe. La labor contra el tiempo que es la copia de los primeros rollos de película a otros soportes rememora la labor que hicieron los copistas en monasterios y abadías. Buena parte del producto que constituye el soporte material que es el cine



Sala Equis (Madrid), antiguo cine X y cine Alba, hoy cine y centro de cultura y ocio. La restauración ha mantenido la estética de los cines X | foto Luis Camarero, autor de las imágenes que ilustran esta contribución

¿a debate *¿Qué es lo patrimonial en el cine: la película, la sala... o el ritual?*

| coordina Mariano Pérez Humanes

ha desaparecido devorado por las llamas. Cada copia, cada cambio de soporte, transforma el color o el sonido, con el tiempo, al igual que pasaba en el río de Heráclito, nunca podremos ver dos veces el mismo *Apocalipsis Now*, ni seguir los pasos de *Dersu Uzala*. Del cine se pueden conservar muchos elementos, pero difícilmente su naturaleza, la propia película.

Podemos conservar los objetos de su industria, musealizar colecciones, recrearnos en platós, restaurar y resignificar salas y edificios de pantalla grande. Pero el séptimo arte tiene su contexto histórico. Una sala con pianola o foso de orquesta, donde se proyectaba el cine mudo, podemos recrearla, pero difícilmente encontrar y disfrutar la emoción de la novedad. El patrimonio del cine agota su funcionalidad. La Sala Equis de Madrid es vestigio de otra época, de un mundo que hoy nos resulta extraño. Como sala X cerró en 2015, era la última de su especie. Dos años más tarde abrió como cine Equis y club musical. Ha sabido mantener, mejor dicho, recrear el aspecto de la entrada, sólo dice sala X (ahora en letras) -eran cines que no podían tener nombre y tampoco imágenes de las proyecciones, sólo los rótulos con el título del pase. Más de un paseante piensa que aún hoy la última sala X es un cine porno.

El cine se ha transformado, las salas de proyección se han reducido, abandonado los lugares de barrio, e incluso, también, aquellos espacios centrales del ocio urbano. El cine se ha replegado desde los bulevares hacia los centros comerciales de consumo normativizado de las periferias de la automovilidad.

Es el turismo, otra industria de ilusiones, el conservador del cine. *Cinema Paradiso* en Cefalú (Sicilia) ya no es un cine, es un decorado turístico. El valor voyerista es el principal motor de la conservación de los lugares del cine. Nuestro impulso para llegar al borde del Sáhara, hasta las cuevas de Tatooine o Matmata en Túnez, probablemente venga del instante en que vimos *Star Wars* y nos haga perseguir las andanzas de Obi-Wan Kenobi sin siquiera apreciar el mundo perdido de los bereberes que produjeron el paisaje interestelar.



El Cementerio de Sad Hill en Burgos, escenario del duelo final de *El bueno, el feo y el malo* (1966). Recuperación de los exteriores por la Asociación Cultural Sad Hill

Fundido a negro. El cine es una industria cuyo producto es volátil y finalmente reside en un recuerdo. Sólo quedan los lugares que vimos, que en la mayoría de los casos son lugares que pensamos que vimos. El tren de la Siberia de *Doctor Zhivago* estaba en la estación de Delicias (Madrid centro), mientras el Ejército Rojo tenía su cuartel en el mismo Canillas -al lado de las cocheras del Metro de Madrid-, mientras galopaba por la mismísima España de Franco. El cine es pura ficción. Sad Hill, el cementerio del duelo final a disparo limpio entre *El Bueno, el Feo y el Malo*, se encuentra a corta distancia del monasterio benedictino de Silos. Casi en la balacera podría haberse escuchado el gregoriano, ya milenar. Una asociación cultural ha recuperado, rescatado y restaurado el escenario, que concita la atención, el asombro y la admiración de turistas de interior y del boomer-mundo.

El cine no tiene mucha historia, pero en su frenética actividad ha venido dejando un patrimonio perdido. Los lugares del cine se abandonan por otros nuevos, al fin y al cabo, la playa de vigilantes de la playa puede estar en cualquier sitio. Para que queden se tematizan como el jardín de los "hombres sembrados" en Ayna (Albacete) de la reverenciada *Amanece que no es poco*, o termi-

nan “disneyalizándose” como sucede con los espectáculos del desierto de Tabernas en Almería –la meca y último vestigio del *spaghetti-western*. Pero incluso los propios lugares que albergaron las escenas se deslocalizan. Los *shows* de pistoleros se reproducen hoy en la misma periferia de Madrid –más accesible que Tabernas–, en la Warner escenario de cartón piedra con nombre de estudio de Hollywood. No es el oeste, no se ven los Apalaches, tampoco el Fuerte Cóndor del set de Almería; es la ribera del Jarama, donde se representa la imagen que representa a la imagen del cine.

Los infinitos objetos que caben dentro de una pantalla, una vez lucidos, vestidos o acariciados por estrellas y galanes, transmutan. Son fetiches que nos llevan a otros rincones del patrimonio y de nuestra ilusión. Pero el cine, como los sueños, tiene un patrimonio inconmensurable que atraviesa cualquier materialidad. La “Gilda”, ese pincho de moda *chic*, unos dicen que lo inventaron en Donosti y otros tantos en Bilbao, pero todos están de acuerdo que su artífice lo hizo para recordarnos, aperitivo tras aperitivo, la eterna inmortalidad de Rita Hayworth, salada, de ojos verdes y algo picante.